PARTE I.
Fundamentación pedagógica

1.
La estupidez como tema radical y contexto educativo invisible

La educación se desarrolla en contextos. Los contextos se suelen identificar con entornos externos, sociodemográficos, culturales, didácticos, curriculares, organizacionales, circunstanciales, etc., en definitiva, situados. Pero lo radical apunta también a lo interno, a lo esencial, a lo perenne y a lo universal, común a épocas y periodos.

La primera vez que nos referimos a la noción de 'contexto educativo invisible' fue a propósito de la inmadurez y la mediocridad generalizadas (Herrán, 2025; Herrán & Xu, 2025). Lo contextual e invisible se refiere, como todo lo radical, a factores de alta relevancia e influencia educativa que, pese a ser fundamentales para la educación, apenas se atienden ni desarrollan. Se necesitan profundamente, pero no se demandan. En este sentido, gran parte de lo que hoy se considera transversal ayer era radical.

Lo radical en general o lo contextual e invisible en particular, aunque eventualmente coqueteen con cierta efímera atención social, apenas se consideran teórica, investigadora o formativamente. Más bien, permanece relativamente oculto y distante de los discursos de la ciencia normal o estándar (Kuhn, 1975) de la Pedagogía y de los organismos supranacionales que se ocupan de la educación. Sin embargo, condicionan profundamente los procesos existenciales y educativos.

En cierto modo, los factores radicales pueden compararse con la red subterránea de micorrizas que conecta los bosques, denominada *wood wide web* (Simard et al., 1997), a través de la cual los árboles intercambian recursos, señales e información sin que dichas relaciones resulten visibles en la superficie. Del mismo modo, los contextos educativos ordinarios, aunque a primera vista no lo parezca, no constituyen realidades aisladas, sino expresiones particulares de un sustrato compartido de fenómenos radicales que los vinculan, condicionan y nutren de un modo intenso y determinante, aunque permanezcan fuera de la vista y de la conciencia pedagógica ordinarias. Algo semejante ocurre con un iceberg, un árbol o la Luna, que suele identificarse con su parte visible, olvidando que la fracción visible apenas expresa una realidad mucho mayor y oculta. De forma análoga, una observación simple concluiría que el Sol sale por el este y se pone por el oeste; sin embargo, desde el giro del paradigma copernicano sabemos que es la Tierra la que gira en torno suyo. Análogamente, una comprensión pedagógica más compleja requiere trascender las apariencias para advertir factores radicales cuya influencia resulta decisiva, precisamente porque apenas se perciben o incluso pueden negarse y excluirse.

La hipótesis central de este ensayo es que la estupidez forma parte de esta segunda categoría. No constituye sólo una cuestión humana general, una preocupación filosófica o una realidad social. Puede interpretarse pedagógicamente como un contexto educativo invisible que acompaña, condiciona y, en ocasiones, interfiere de manera apenas advertida en los procesos de formación. Su presencia afecta a quienes diseñan las políticas educativas, a quienes las administran, a quienes dirigen centros, a quienes enseñan, a quienes aprenden y a quienes participan, directa o indirectamente, en la vida educativa. Sin embargo, rara vez es reconocida como objeto de reflexión pedagógica específica.

Esta ausencia resulta particularmente significativa. Pese a su presumible incidencia educativa, la estupidez no suele formar parte de los fines de la educación, de los objetivos curriculares, de los programas de formación docente, de las competencias educativas, de los marcos de calidad institucional ni de las prioridades habituales de investigación. La situación recuerda otras omisiones educativas relevantes relacionadas con el ego docente, las malas prácticas docentes, la inmadurez o la mediocridad social, cuya incidencia en la formación ha sido señalada pese a su escasa presencia en los discursos educativos dominantes.

La cuestión resulta aún más llamativa si se considera su perennidad, pues la preocupación por la estupidez ha acompañado a la humanidad durante siglos. A nuestro juicio, su relevancia educativa es mayor que la de la maldad o la ignorancia, por su alcance, persistencia y dificultad de reconocimiento. El conocimiento puede reducir la ignorancia y contener la maldad; la estupidez exige conciencia y pérdida de ego.

Numerosos autores la han conceptualizado y han advertido de su presencia constante en la vida humana y social desde perspectivas muy diversas:

- Confucio (1969) relacionó la sabiduría con el reconocimiento de lo que se sabe y de lo que se ignora;
- Platón (1871), al recoger las enseñanzas de Sócrates en la *Apología*, situó el reconocimiento de la propia ignorancia como condición para una comprensión más profunda de uno mismo;
- Zhuang Zi (1996) advirtió de las limitaciones asociadas al apego a las propias certezas, a la identificación con perspectivas parciales y a la dificultad de reconocer la estrechez de la propia comprensión;
- Séneca (2012) relacionó la necedad con la falta de autoconocimiento y con la incapacidad para reconocer los propios límites;
- Tomás de Aquino (s/f), desde el marco teológico del cristianismo medieval, desarrolló la noción de *stultitia* como condición opuesta a la sabiduría y no reducible a la ignorancia;
- Montaigne (2013) subrayó la fragilidad del juicio humano y la necesidad de reconocer la propia ignorancia;
- Erasmo de Rotterdam (2011) interpretó la estulticia como una realidad inseparable de la condición humana, omnipresente en la vida personal y social;
- Voltaire (1893) advirtió la tendencia de la estupidez a persistir incluso frente a la evidencia, el razonamiento y la experiencia;
- Kant (2013) vinculó la emancipación humana a la superación de la minoría de edad intelectual y al uso autónomo de la razón;
- Schopenhauer (2026) advirtió que el ser humano tiende a interpretar la realidad desde intereses, deseos y condicionamientos que limitan el autoconocimiento y distorsionan la comprensión;
- Erdmann (2007), discípulo de Hegel, relacionó la estupidez con las limitaciones del juicio y la dificultad para trascender perspectivas estrechas;
- Nietzsche (2011a, 2011b) criticó diversas formas de conformismo intelectual y de sometimiento acrítico a creencias heredadas;
- Musil (2007) analizó la compleja relación entre inteligencia y estupidez, cuyas consecuencias resultan especialmente relevantes para una interpretación pedagógica del fenómeno;

- Bonhoeffer (2018) llegó a afirmar que, en determinadas circunstancias colectivas, "la estupidez es un enemigo más peligroso del bien que la maldad".
- Cipolla (1988) sistematizó el fenómeno mediante sus leyes fundamentales de la estupidez humana, destacando su carácter universal y definiendo al estúpido como quien perjudica a otros sin beneficiarse e incluso dañándose a sí mismo.
- Dostoieveski (2015), especialmente en *Memorias del subsuelo*, subrayó la presencia de la contradicción, el error y la necedad como rasgos inseparables de la condición humana, sugiriendo que incluso las tonterías pueden desempeñar una función en la búsqueda de la verdad.

Recientemente, diversos trabajos han llamado la atención sobre la escasa consideración pedagógica de la estupidez. El catedrático de Filosofía Gómez Ramos (2014), a partir de su revisión de los ensayos de Musil y Erdmann, destacó tanto la relevancia de la estupidez para la comprensión de la subjetividad y de los procesos formativos como las dificultades que entraña su delimitación conceptual, pese a tratarse de una experiencia ampliamente reconocible. Desde perspectivas diferentes, Ford (2021), en el ámbito de la teoría crítica y la filosofía de la educación, incorporó la estupidez a sus análisis del conocimiento y la educación. Por su parte, el profesor de Filosofía Dey (2021) desarrolló una explícita *Pedagogy of the Stupid* desde una perspectiva decolonial, entendiéndola como una categoría crítica para analizar procesos coloniales de producción de conocimiento y subjetivación. En ambos casos, la estupidez se incorpora al análisis educativo desde enfoques distintos de los aquí propuestos.

Complementariamente, el pedagogo Noguera-Ramírez (2025) ha señalado que la educación moderna surgió históricamente como una empresa orientada a la superación de la estulticia y a la promoción de formas más elevadas de racionalidad, conocimiento y juicio.

Pese a estos antecedentes, la estupidez continúa ocupando una posición periférica dentro del corpus pedagógico. Permanece, como tantos otros ámbitos radicales, al margen de los intereses centrales de la Pedagogía y de la Didáctica General. Una posible explicación de esta lejanía normalizadora es que la estupidez apenas ha sido relacionada con constructos educativos consolidados, casi siempre recurrentes, como el aprendizaje, las competencias, los saberes disciplinares, los valores, la inclusión, las metodologías (didácticas), la innovación educativa, las tecnologías aplicadas a la educación, la evaluación, etc. Su protagonismo continuado y su escasa renovación estructural contribuyen al estancamiento epistemológico de la Pedagogía y de la Didáctica General desde el deterioro de la creación científica en el ámbito educativo (Herrán, 2005).

Tampoco se ha vinculado suficientemente con constructos pedagógicos y formativos de especial relevancia que también han recibido una atención limitada. Entre ellos destacan el ego y la conciencia, tanto en los planos humano como docente, la inmadurez social generalizada y la ignorancia de la ignorancia y la inconsciencia de la inconsciencia, fenómenos que dificultan el tránsito del *Homo sapiens sapiens* al *Homo sapiens ignorans* (Herrán, 2017b, 2017c). También como consecuencia de esto, la estupidez no ha tenido encaje y apenas ha sido reconocida como una categoría pedagógica y didáctica con potencial fundamentador, explicativo y orientador para comprender la formación, la enseñanza y el desarrollo docente desde la Pedagogía y la Didáctica General.

El asunto no consiste prioritariamente en determinar quién es estúpido ni en clasificar tipos de estupidez y qué podemos hacer con el resultado. Tampoco es cuestión de utilizar

este concepto como descalificación moral, cognoscitiva, madurativa o social. El interés pedagógico radica en comprender su significado formativo y las consecuencias derivadas de su prolongada desatención por parte de la Pedagogía y de la Didáctica General. Quizá así se pueda poner alguna base que contribuya al tránsito epistemológico y epistémico de lo radical a lo transversal o aceptado como problema y responsabilidad y tarea de la sociedad y de la escuela, universidad incluida.

Conviene subrayar que la estupidez no es prioritariamente un déficit intelectual. Como expuso Musil (2007), inteligencia y estupidez no son fenómenos opuestos. La cuestión se desplaza así desde la inteligencia hacia la formación. En este punto adquiere especial relevancia la interpretación de Erdmann (2007). Según este pionero, la estupidez se relaciona con la incapacidad para trascender el propio punto de vista, comprender perspectivas diferentes o considerar la complejidad de realidades ajenas. Desde el ERI, esta caracterización se aproxima notablemente a lo que se ha conceptualizado como ego (Herrán, 1997), en tanto dificultad para salir de la propia perspectiva y reconocer los límites de la propia comprensión, así como de compartir otros horizontes comprensivos comunes (Gadamer, 2003).

La clave del problema pedagógico y didáctico no radica sólo en saber poco, ni siquiera sólo en ignorar que se ignora. Consiste también en permanecer encerrado en una comprensión limitada de la realidad, independientemente de que sea ampliamente compartida o extraordinariamente original. Desde esta perspectiva, la estupidez se relaciona menos con una insuficiencia cognoscitiva que con fenómenos como la inmadurez, el egocentrismo, la ignorancia ignorada, el condicionamiento, la necedad o la estrechez de conciencia. Estas consideraciones poseen una especial relevancia para la Pedagogía y la Didáctica General, porque remiten directamente a procesos vinculados con la formación, la madurez personal, el juicio, la comprensión, el autoconocimiento esencial y la evolución de la conciencia.

Con esta cautela, y si la premisa anterior fuese razonablemente válida, el estudio de la estupidez competiría de forma directa a la Pedagogía y a la Didáctica General, en cuanto disciplinas interesadas en la enseñanza, la educación y la formación orientadas a la evolución personal, social y humana. Entendida de este modo, la estupidez se manifiesta como una realidad pedagógica presente en múltiples ámbitos y niveles de la educación. Puede expresarse, por ejemplo, en políticas educativas que reiteran errores conocidos, incluido el adoctrinamiento masivo amparado por el vigente "currículo descarado" (Herrán, 2003; 2019; Herrán & González, 2002); en instituciones que reproducen prácticas condicionadas, ineficaces o inequitativas; en culturas escolares resistentes a la reflexión y la indagación; en dinámicas familiares limitadoras del desarrollo personal; en formas docentes dominadas por inercias profesionales o en procesos de enseñanza condicionados por dependencias organizativas, intelectuales y afectivas. Ninguno de estos fenómenos agota el concepto de estupidez. Todos apuntan, sin embargo, a una realidad formativa insuficientemente explorada y profundamente arraigada en la condición humana.

Así, la estupidez puede comprenderse como ser y como no ser, en términos de Lao Zi (2012), por ejemplo, como cualidad personal y social, y como contexto educativo invisible de carácter universal y perenne. Es universal porque ninguna persona, grupo o institución parece quedar completamente al margen de su influencia. Es perenne porque acompaña a la condición humana con independencia de épocas, culturas y sistemas

educativos. Y es educativa porque afecta directamente a la posibilidad misma de la formación.

Reconocer esta condición constituye el primer paso para su consideración formativa profunda. Quizá por ello y como apéndice añadido, otra de las tareas pendientes de la Pedagogía contemporánea consista en examinar hasta qué punto la exclusión de la estupidez ha limitado la comprensión científica y profesional de algunos de los problemas más persistentes de la educación.